

**WARHAMMER**  
40.000



# EL HIJO VENGADOR

AMANECER DE FUEGO



**GUY HALEY**

minotauro



---

# **EL HIJO VENGADOR**

---

AMANECER DE FUEGO

**GUY HALEY**

minotauro

Título: *Amanecer de fuego: el hijo vengador*  
Versión original inglesa publicada por Black Library, 2020

Dawn of Fire: Avenging Son, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o  
© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Dawn of Fire: Avenging Son*

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Aurora Carmona Mena

ISBN: 978-84-450-1168-3

Depósito legal: B. B. 11.720-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## Capítulo uno

### EL ASEDIO DE TERRA MESSINIUS LAS LEGIONES DE KHORNE

—Yo estuve en el Asedio de Terra —diría Vitrian Messinius en sus últimos años de vida.

—Estuve allí... —añadiría, aunque no pretendería que sus palabras estuvieran destinadas a oídos que no fueran los suyos—. Estuve allí el día que el Imperio murió.

Pero ese momento aún estaba por llegar.

—¡A los muros! ¡A los muros! ¡Se acerca el enemigo! —El joven capitán Messinius guió a los Marines Espaciales a través de la plaza del Penitente, en la parte alta de la Puerta del León—. ¡Otro ataque! ¡Contenedlos! ¡Devolvedlos a la Disformidad!

Miles de monstruos de piel roja, nacidos del miedo y el pecado, escalaban los muros exteriores como encarnaciones de ira y con sed de sangre. Los mortales a los que se enfrentaban se estremecieron en el sitio. Se necesitaba la valentía de un marine espacial para erguirse ante ellos sin sentir terror, y los Ángeles de la Muerte escaseaban.

—¡Otro ataque! ¡Moveos, moveos! ¡A los muros!

Habían aparecido días después de que el Hijo Vengador resucitara. Salieron de la nada y descargaron la fuerza de sus ocho legiones contra la entrada principal del Palacio Imperial. Un golpe de decapitación como ninguno que estuvo peligrosamente cerca del éxito.

Los Marines Espaciales de Messinius corrieron al parapeto que se encontraba en uno de los márgenes de la plaza del Penitente. En otros mundos, una plaza tan solo habría servido para engalanar el centro de las ciudades más señoriales. Pero no en Terra. Frente a la inmensidad de

la Puerta del León, la plaza del Penitente era insignificante, uno más de los cientos de lugares igualmente gigantescos del Palacio Imperial. De hecho, la palabra *puerta* no hacía justicia a sus dimensiones. La Puerta del León era una mole que se alzaba hacia el cielo, un peldaño titánico tras otro, hasta que su altura superaba con mucho la de las montañas a las que había sustituido. Decían que la había construido el mismísimo Emperador. Incluso los mitos describían en detalle las proezas sobrenaturales que se habían cometido para erigirla. Todo era falso, sin embargo, y despreciaba el verdadero esfuerzo que había supuesto edificarla. Era cierto que la Puerta del León se había construido bajo Su designio y mandato, pero habían sido mortales, con manos y herramientas mortales, quienes habían dado forma a tan colosal monumento. A Messinius le habría gustado que el tiempo hubiera conservado aquel recuerdo. A ojos de los hombres, elevar una estructura de tales proporciones era mucho más impactante que cualquier acto de creación divino. Si la humanidad recordara aquella hazaña, pensaba Messinius, tal vez sería aún consciente de su propia fuerza.

No. La existencia de la puerta no podía atribuirse a lo extraordinario. Pero sí las amenazas con destruirla. Messinius echó un vistazo por encima del muro, paseando la mirada por los niveles que se encontraban a miles de metros por debajo, allá donde se extendía el Anterior Barbican.

Sobre las fortificaciones escalonadas de la Puerta del León había armaduras de todos los colores posibles y sangre de los Primarcas leales. Docenas de regimientos luchaban junto a ellos. Cientos de naves sobrevolaban los cielos. El sonido de las armas retumbaba en todos los distritos. En medio del derramamiento de sangre que se extendía por las enormes calzadas, vías procesionales tan grandes que se antojaban praderas de rococemento, refulgían destellos dorados allí donde la Guardia Custodes del Emperador resistía el ataque. Todas las fuerzas del Imperio se concentraban allí, en el palacio donde Él descansaba.

Aun así, había instantes en los que parecía que no sería suficiente.

Los muros exteriores estaban cubiertos de cuerpos ensangrentados que jadeaban, se retorcían y oscurecían las magníficas estatuas que adornaban las defensas y cubrían las armas. Era un cáncer invasivo que devoraba la realidad. El enemigo era numeroso. Había demasiados, tantos como para anular toda posibilidad de defenderse con estrategias

y ardides bien planeados. Tan solo la artillería y la voluntad les llevarían a un amanecer victorioso, pero las defensas eran dolorosamente escasas.

Messinius alzó el puño para ordenar el alto, buscando el lugar idóneo para desplegar su compañía de miembros dispares, todos veteranos de la Cruzada Terrana. Las naves de combate y los cazas recorrían el cielo a toda velocidad para bombardear las masas demoníacas con láseres mortíferos y regueros de explosivos. Los cañones que se acumulaban en la puerta y disparaban sin cesar sacudían la estructura con embates que bien podían confundirse con terremotos. Las naves y defensas orbitales de Terra no tardarían en agregar su armamento a la defensa del mundo que estaban destinadas a proteger. Si aún no lo habían hecho era porque el ataque había sido tan repentino que no les había dado tiempo a reaccionar.

El ruido era ensordecedor. Messinius llevaba los amortiguadores de sonido al máximo y, aun así, el rugido de la artillería le martilleaba los oídos. Los humanos que sobrevivieran acabarían sordos. Con todo, él no se habría quejado si hubieran tenido más armas, incluso si aquello significaba más ruido: ni siquiera toda la capacidad defensiva del palacio ahogaba los sonidos espantosos que emitían los demonios. Sus siseos sibilantes, similares a los de un billón de serpientes, sus gemidos gorjeantes y estridentes, no solo los sufrían los oídos, sino que se colaban en el alma, allí donde el espíritu y la materia se entrelazaban. Quedarían grabados en la esencia misma de Messinius para siempre.

La información táctica se desplegaba por el visor de su casco, pero solo concernía a los alrededores más inmediatos. Era incapaz de hacerse una idea de la situación para trazar una estrategia. Los vococanales se veían ahogados por unos gritos infernales que impedían cualquier tipo de comunicación, y el retrolavado etérico —que se había derramado de las grietas inmateriales que habían atravesado los demonios— causaba interferencias en la noosfera. Messinius estaba acostumbrado a actuar por su cuenta y riesgo. Los ataques a objetivos concretos y a pequeña escala formaban parte de la estrategia habitual del Adeptus Astartes pero, en una batalla de aquella envergadura, carecer de organización los llevaría inevitablemente a la derrota. No era como el primer asedio, cuando los suyos lucharon divididos en legiones.

Messinius abrió una vocoemisión para dirigirse a todos sus guerre-

ros. No eran miembros de su capítulo, pero obedecerían. El Primarca en persona lo había ordenado.

—Apoyad a los mortales —ordenó—. Su moral flaquea. Tomad posición cada cincuenta metros. Cubrid toda la zona sur. Dejad que os vean. —Les hablaba moviendo tan solo la mano izquierda. La derecha, con la que sostenía un puño de energía inactivo, le caía pesadamente por el costado—. Escuadrón de Asalto Antiocles, retroceded cuarenta metros y formad una sola línea de fuego. Contendréis el avance del enemigo a mi señal, ¡solo a mi señal! Devastadores, dividíos en semiescuadrones y ocupad una zona elevada. Dejo al criterio del sargento y del líder de subescuadrón la posición y el blanco. Recordad nuestro objetivo: cuantas más bajas enemigas, mejor. Acabamos con todos los que podamos, nos retiramos y esperamos en el Arco del Penitente hasta que recibamos órdenes. Escuadrón de mando, ¡conmigo!

A decir verdad, *escuadrón de mando* era una denominación que le venía grande a la tropa destartada que había reunido. Sus oficiales, los que siempre lo acompañaban, estaban a años luz de aquello, si es que aún seguían con vida.

—Doveskamor, Tidominus —les indicó a los dos Marines Aurora que estaban junto a él—. Tomad la izquierda.

—Sí, capitán —dijeron por el vocoemisor.

Acto seguido corrieron en aquella dirección, mientras la armadura verde despedía destellos naranjas en la luz infernal de la invasión.

El resto de su escuadrón desacompañado estaba compuesto por un especialista en comunicaciones de los Espectros Negros, un marine Omega con predilección por las armas de plasma y un Rapaz que cargaba con un estandarte antiguo que había conseguido en un exhibidor polvoriento.

—¿Por qué llevas eso, Hermano Kryvesh? —le preguntó Messinius mientras avanzaban.

—El palacio está lleno de estas reliquias —contestó el Rapaz—. Supongo que lo correcto es darles uso. Nadie lo quería.

Messinius se lo quedó mirando.

—¿Qué? Si la puerta cae, tendremos cosas más importantes en las que pensar que mi pequeño desliz. Al menos nos subirá la moral.

Los escuadrones empezaron a dividirse para unirse a los humanos. El ruido era tal que muchos de los que estaban en los muros no se per-

cataron de la llegada de los Marines Espaciales y una ola de asombro se extendió entre ellos al verlos a su lado. A Messinius le alegró observar que recobraban la entereza al fijar la vista de nuevo en el exterior.

—Anzigus —llamó al Espectro Negro—. Retrocede y céntrate en facilitar la comunicación entre los miembros de la compañía. Las interferencias irán a más, así que intenta ampliar la señal todo lo posible. Mira si puedes conectarnos con un puerto de mayor alcance. Nos hará falta conectarnos a tierra si encuentras alguno.

—Sí, capitán —contestó Anzigus inclinando la cabeza. Su casco tenía protuberancias y un equipo adicional. Ya tenía abierta la solapa de acceso a la voluminosa unidad del vocoemisor de su brazo. Se retiró, las antenas del generador de energía se alzaron con él, y se dirigió hacia un enlace de sistemas que había en el muro más alejado de la plaza. Unos contrafuertes colosales se afanaban en soportar el peso.

Messinius lo observó mientras se alejaba. Apenas lo conocía. El Espectro Negro hablaba poco y, cuando lo hacía, su voz sonaba lúgubre. Su capítulo era un misterio para el capitán, al igual que lo eran muchos de aquellos guerreros que estaban bajo sus órdenes sin comerlo ni beberlo. Durante aquellos años deambulando por la Disformidad, Messinius había llegado a considerar como amigos y camaradas a algunos de ellos. Con el resto casi no había entablado conversación y, desde luego, a ninguno lo conocía tan bien como a sus hermanos de capítulo. Aun así, no se separarían. Eran Marines Espaciales. Luchar junto al Primarca resucitado les había unido para siempre. No eludirían ahora su deber.

Messinius tomó posiciones en el muro y distribuyó a los demás a izquierda y derecha. A Kryvesh lo envió junto al oficial de los mortales. Miró de nuevo hacia abajo, más allá del enemigo y sobre el palacio exterior. Los chapiteles se alzaban por todas partes y el humo ahogaba todo el paisaje. Parte de aquel caos era reciente, obra de la horda de demonios que los atacaban, pero, antes de aquello, Terra ya llevaba semanas ardiendo. El Astronomicón había fracasado. La galaxia se había dividido. Tras ellos, en el cielo, giraba el gran palacio. Su profundo ojo indicaba dónde se encontraba el salón del trono del Emperador.

—¡Señor! —gritó un miembro de la Guardia Palatina haciéndose oír por encima del estruendo.

Señaló hacia abajo, a la izquierda. Messinius siguió su dedo temblo-

roso. Los demonios habían empezado a escalar noventa metros más abajo. Ascendían formando una cuña cuyo vértice encabezaba un Bruto Infernal con una doble hilera de cuernos. Trepaban con las manos con una rapidez que desafiaba la realidad, como si volaran y tan solo rozaran levemente la puerta para reconocer la existencia del mundo material. Ni siquiera un marine espacial con garras verticales habría subido tan rápido.

—¡Soldados del Imperio, tenemos al enemigo encima!

Miró a los humanos. El miedo los había dejado lívidos y las armas les temblaban en las manos. Aun así, su valentía era encomiable. Ninguno intentó huir a pesar del intenso pánico que les provocaban aquellas criaturas antinaturales que escalaban hacia ellos.

—Cumpliremos con nuestro deber. No importa el temor que infunda el enemigo ni lo funesto de nuestro destino —arengó Messinius—. A nuestra espalda se alza el Sanctum del mismísimo Emperador. Él siempre os ha protegido. Ya es hora de que hagáis lo mismo por Él.

Los demonios estaban cada vez más cerca. Messinius buscó los ojos amarillos y maliciosos de su líder a través de una ventana ampliada del visor. La lengua larga le colgaba de la boca y se deslizaba por los muros para saborear el terror de aquellos a los que protegía la puerta.

Se oyó el clic de las bóiteres. Sus hombres se agacharon para entrar en el parapeto, tan monumentales ante los humanos como la Puerta del León ante el Muro de la Eternidad. Cada guerrero eligió un blanco y compartió sus datos con el resto de la compañía; no desperdiciarían ni un disparo al abrir fuego. Los aullidos y lamentos de las criaturas eran guturales, pero su significado no dejaba lugar a dudas: sangre, sangre, sangre. Sangre y huesos.

Messinius les dirigió una mirada de desprecio y prendió su puño de energía de una sacudida. Siempre había preferido la emoción visceral que lo recorría al activarlo manualmente. Los motores se encendieron y los rayos se concentraron a su alrededor. Apuntó la bóiter hacia abajo, hacia los rasgos diabólicos del enemigo, hacia los clones de clones. No eran reales ni albergaban vida alguna. Tan solo existían como proyecciones de un dios falso. El Bibliotecario Atramo los calificó en su momento como aflicciones, enfermedades del espíritu envueltas en una vulgar imitación de la carne.

Se dijo que debía ser cauto. El desprecio era tan resistente como

cualquier armadura, pero aquellas cosas eran letales, a pesar de toda su irrealidad.

Lo sabía. Se había enfrentado a los Nuncanatos en numerosas ocasiones.

—¡Resistiremos —empezó a gritar, con el volumen del vocoemisor al máximo— mientras Él viva!

—¡Por el Emperador! —jalearon los humanos, lo suficientemente alto como para que se los oyera por encima del ruido ensordecedor de las pistolas.

—¡Por el Emperador! —coreó Messinius—. ¡Fuego!

Los Marines Espaciales fueron los primeros en disparar. Las bólters vomitaron un reguero de misiles que atravesaron los demonios, se incrustaron en su cuerpo, estallaron y los volaron en mil pedazos. Las vísceras negras reventaron y supuraron icor oscuro que chorreó sobre las criaturas de más abajo. Los huesos y los órganos cayeron fulminados como los de cualquier otro ser viviente, pero, aun así, las almas falsas de aquellos demonios no paraban de chillar.

Los láseres fueron los siguientes. La violencia se extendió por el borde del muro, allí donde convergían el parapeto y la estructura vertical que escalaban las criaturas. Los demonios mostraban una resistencia sobrenatural que los protegía de la muerte, fruto de las energías de la Disformidad. Mientras algunos morían abatidos, otros muchos conseguían resistir al ataque y trepaban el muro con agilidad, sin acusar herida alguna ni temerle un ápice a la muerte. Messinius ya no necesitaba el visor del casco para encarar al campeón de los demonios.

El líder lo miraba fijamente, su sonrisa era una promesa de muerte. Y al pánico que habían sentido hacía unos instantes lo sustituyó un deseo de violencia que recorrió a aliados y enemigos por igual. Los humanos que estaban en primera línea sintieron que su disciplina se desmoronaba. Uno de ellos disparó a su camarada y se quitó la vida. Kryvesh, por su parte, golpeó el suelo con la base del estandarte que había cogido prestado y les ordenó que formaran filas. De alguna parte llegó el canto de los guerreros; no eran las melodías típicas del capítulo de Messinius, sino himnos de batalla conocidos por todos. Las voces temblorosas de algunos humanos no tardaron en unirse y, poco a poco, aplacaron lo suficiente la sed de sangre que los dominaba.

Pero los engendros ya se les habían echado encima y ocupaban has-

ta la parte superior del parapeto. Messinius vio cómo un grupo de demonios derribaba a Tidominus y una runa mortis sustituía al signum de la unidad de su hermano en el visor del casco. El líder del enemigo corría hacia él. El capitán descargó la bólder directamente sobre su rostro, cuya mitad estalló para convertirse en una fina lluvia de icor demoníaco. Sin embargo, la criatura aún pudo dar un salto desde el parapeto para salvar los seis metros que los separaban. Messinius cayó hacia atrás con la criatura todavía en su campo de visión. El sistema de reconocimiento se movía de un lado a otro mientras el espíritu máquina trataba de fijar un objetivo. Los indicadores de amenaza vibraron y el espectro de prioridad se disparó.

El demonio alzó unas manos nudosas y enormes. Una espada, cuya longitud casi rivalizaba con Messinius, se materializó entre aquellas manos, allí donde antes solo había humo retorciéndose en el vacío. Para cuando las pezuñas que la criatura tenía por pies rompieron las losas de pavimento de la plaza, el arma ya se había materializado en el plano físico. El demonio apuntó a Messinius con la espada ancha y lo retó con un siseo mudo. Su cara destrozada emanaba vapor.

—Hecho —contestó el capitán lanzándose al ataque.

La criatura era rápida y su fuerza era aplastante. Messinius bloqueó el primer golpe embistiendo con la palma y los dedos extendidos. La energía restalló en el lugar; el estruendo, resultado del choque entre la tecnología humana y los hechizos de la Disformidad, fue tal que ni siquiera las pistolas lo acallaron. Sin embargo, y a pesar del impacto y del dolor que atravesó a Messinius por el brazo, el demonio ni siquiera se tambaleó. Por el contrario, se preparó para asestar otro golpe girando la espada sobre su cabeza como si fuera papel.

El contraataque de Messinius fue aún más violento. Aquella vez cerró el puño y la detonación retumbó en derredor. Los campos de disrupción se hicieron añicos, pero en el demonio, por su realidad semiinexistente, impactaba muchísimo menos que en enemigos de carne y hueso. La explosión lo empujó hacia atrás, no obstante, y empezó a salirle humo del borde de la espada. El demonio gruñó y se lamió la sangre que le recorría el brazo. Messinius lo esperaba ya preparado cuando el demonio saltó sobre él: abrió el puño y, esforzándose por ignorar la hoja del arma cuando se le clavó en la hombrera e hizo saltar la ceramita, agarró a la criatura por la mitad del torso.

Los Desangradores de Khorne eran seres delgaduchos, todo hueso, músculo fibroso y ningún espacio para los órganos. El falso dios de la guerra no necesitaba que sus abominaciones comieran o respiraran, ni siquiera que lo aparentaran. Su único fin era matar y sembrar el terror en el corazón de aquellos a quienes se enfrentaban. Tenían la cintura rígida, fina y fácilmente abarcable por un puño de energía como el de Messinius. El demonio intentó zafarse del agarre sacudiéndole el brazo. Las juntas de los servomotores se volvieron rígidas y las fibras de los músculos suplementarios de Messinius se retorcieron, pero el Cónsul Blanco no cedió ni un ápice.

—Dile a tu maestro que en Terra no es bien recibido —le dijo al demonio. Se aseguró de que sus palabras estuvieran impregnadas de calma. Un desafío deliberado frente a las oleadas de ira que emanaban de la criatura.

Apretó el puño.

Y el demonio reventó por el abdomen. El tren superior cayó al suelo entre siseos y despojos y la espada chocó con las losas con un sonido metálico y se rompió en mil pedazos, ahora que había recuperado su fragilidad tras haberla separado de su dueño. Arma y bestia no eran sino parte de una misma cosa. La primera no sobrevivía mucho tiempo sin la presencia de la segunda.

Messinius se deshizo de los bajos del demonio y observó. Para entonces, ya eran docenas las criaturas que habían conseguido escalar y atacaban a los guerreros y humanos del bando del patriarca. En apenas un segundo tuvo tiempo de ver cómo propinaban hachazos hasta la muerte a Doveskamor, que trataba de proteger el cuerpo de su hermano, cuya armadura se había convertido en un montón de piezas que rebotaban por el suelo. Un grupo de Centinelas Palatinos arrinconaron a un demonio a bayonetazos. Más allá, espadas arcanas acababan con la vida de una docena de mortales.

Los humanos, si lograban mantener la distancia, conseguían mermar a los Nuncanatos. Por su parte, los demonios, si llegaban hasta donde estaban sus víctimas, solían cobrarse más vidas de las que les arrebataban a ellos, incluso si se enfrentaban a los Marines del Espacio. Los refuerzos disparaban de cuando en cuando desde arriba, pero su utilidad se veía mermada por la dificultad que suponía apuntar al objetivo correcto en aquella masa de cuerpos enredados. Al oeste, las armas

pesadas derribaban contundentes a los demonios antes de que pudieran encaramarse al parapeto, para impedir que atacaran a las fuerzas imperiales por la retaguardia. Messinius sabía todo esto gracias a su equipo. Sin los continuos informes de sus guerreros a través del casco y el acceso limitado a la auspectoria de la Puerta del León, habría ido a ciegas, perdido en el choque de las armas y la sangre salpicada. Se habría quedado justo donde estaba, enfrentando al enemigo, en lugar de averiguar que había más grupos de demonios escalando los muros. No habría dado las órdenes necesarias y, por tanto, habría muerto.

—Escuadrón Antiocles, seguid en el frente —ordenó. Cercenó a un demonio que se le abalanzó y derrumbó a otro justo antes de que destripara a un soldado mortal. Estampó la cabeza contra el suelo mientras se dirigía de nuevo a la red vox de su compañía—. A todas las unidades: retroceded al Arco del Penitente. Llevaos a los mortales.

Su escuadrón de asalto descendió de los cielos en picado para reducir a los demonios y dispararles con bólteres y pistolas de plasma. Un fogonazo de promethium de un lanzallamas redujo a cenizas a tres desangradores.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Messinius. Sus palabras marcaban el compás de su respiración—. Escuadrón de Asalto Antiocles, cubridnos. Devastadores, seguid disparando desde arriba.

Antiocles hizo que el enemigo retrocediera mientras los Marines Espaciales tácticos se retiraban del parapeto y se llevaban consigo a los soldados humanos. Un Ultramarine pasó junto a Messinius andando hacia atrás. Con una mano disparaba la bólter y con la otra sostenía a un Guardia Palatino herido que descansaba sobre su hombro.

—¡Atrás! ¡Atrás! —rugió Messinius.

Cogió a un humano del brazo y tiró de él para alejarlo de un monstruo que trataba de asesinarlo. El mortal por poco no acabó en el otro extremo de la plaza. Messinius se giró, dio un puñetazo que fue a dar en la cara del demonio y el cadáver destrozado salió despedido muro abajo con un sonoro crujido.

—¡Atrás!

Los soldados humanos rompieron filas y corrieron mientras el Antiocles contenía al enemigo. El escuadrón de asalto no tardó en perder impulso y los desangradores comenzaron a escalar de nuevo la zona exterior de los muros. Los Marines Espaciales, por su parte, no cesaron de

disparar durante la retirada ni de cubrirse en pareja para cruzar la plaza en diagonal y llegar al Arco del Penitente mientras los mortales, que empezaban a entender lo que ocurría, se apresuraban a mezclarse entre ellos. Su contribución, en gran parte, consistía en mantenerse alejados de la trayectoria de los proyectiles. Ahora que la batalla se concentraba en torno al Escuadrón Antiocles, los Devastadores tenían mayor margen de maniobra y aniquilaban a los demonios antes de que aprovecharan su superioridad numérica para acabar con el Antiocles. A ellos se unieron oleadas esporádicas de fuego que se sumaron al ataque de los Marines tácticos que se retiraban. Durante un corto periodo de tiempo, los demonios que accedían a la plaza no aumentaron en número.

Messinius se retrasó un instante para reunir a aquellos humanos acorralados o demasiado sordos como para acatar sus órdenes. Alcanzó a tres que todavía abrían fuego por el borde del parapeto y los alejó de allí. Un demonio salió por detrás y Messinius le aplastó la cabeza, pero otro saltó sobre él y le perforó el puño con fuerza. La energía atravesó el arma del capitán, que taladró el cuello del demonio con tres disparos que lo decapitaron. Retrocedió.

El puño de energía estaba destrozado. El demonio había conseguido atravesar limpiamente la ceramita y había roto el generador del campo de energía y gran parte del sistema de incremento de fuerza. El arma se había convertido en un peso muerto. Le dio las gracias rápidamente al espíritu máquina, presionó la junta de fijación con la boca de la bólder y liberó los dispositivos de alimentación del enlace neural. Las garras que mantenían el puño de energía sujeto al antebrazo se soltaron y se deslizaron al suelo con un sonido metálico. El brazo derecho de Messinius tan solo contaba ahora con la protección del guantelete de ceramita reglamentario. Lo había acompañado durante un siglo. Había sido una buena arma. Pero no podía lamentarse ahora. No había tiempo que perder.

—¡Atrás! —volvió a gritar—. ¡Retroceded al Arco del Penitente!

Puso un cartucho nuevo en la bólder. Le estaban ganando terreno al Escuadrón Antiocles. Los Devastadores se acercaron aún más al centro del combate para abrir fuego y una bólder pesada acribilló a media docena de demonios para convertirlos en carne hedionda. En algún lugar, alguien soltó un misil que voló por los aires y arrastró con él a otros tantos monstruos. Ahora sí, Messinius retrocedió con el resto.

Había esperado al último momento para ordenarles a los Marines de Asalto que abandonaran el combate. Las llamas de los motores de los cazas envolvieron a los demonios que encontraron en el camino conforme las naves ascendían. Atrás quedaron, inertes, en el suelo, cuatro hermanos de lucha. El fuego de los Devastadores los azotó desde arriba y a él se unieron las armas antipersona ubicadas en las casamatas y las torretas giratorias de los muros. Pero los demonios cada vez ganaban más altura, transformados en una ola roja que inundaba el parapeto.

—¡Corred! —gritó Messinius a los soldados humanos rezagados—. ¡Corred por vuestras vidas! ¡Vuestro servicio no acaba aquí!

El Arco del Penitente llevaba de la plaza a un adarve que recorría otra línea defensiva, donde los Marines Espaciales ya estaban formando de un extremo a otro de la entrada. Era cierto que podían cerrar la puerta para aislar el adarve de la plaza, pero Messinius se contuvo: aún había humanos que se apresuraban tras los Adeptus Astartes y no habían accedido a la zona. Kryvesh ondeó el estandarte de un lado a otro para atraer a los mortales aterrorizados. Los Marines Espaciales disparaban hasta agotar la munición a las masas de demonios que los perseguían a velocidades de vértigo. Falsos cuerpos destrozados se desplomaban presos de los proyectiles que los atravesaban de frente y por los costados y, aun en esas condiciones, conseguían las criaturas abalanzarse sobre los últimos guerreros que huían del parapeto y desmembrarlos.

La nave del Escuadrón Antiocles tronó al pasar por el arco y aterrizó tras ellos. Messinius se adelantó. Por un momento, sintió que la rabia le recorría el cuerpo. Una marea infinita de monstruos rojos se derramaba por la plaza como un lago de sangre y se ensañaba con una veintena de cadáveres de Marines Espaciales que se habían quedado en la retaguardia. Varios cientos de humanos yacían junto a las armaduras, que brillaban sobre las losas.

Messinius abrió un vococanal para dirigirse al Comando de la Puerta del León.

—Baterías del muro tres-siete-tres a tres-siete-seis, sector objetivo nueve cinco ochenta y tres, Plaza del Penitente, flanco oeste. Bombardeo de cinco minutos.

—¿*Quién lo ordena?*

—El capitán Vitrian Messinius, Capítulo de los Cónsules Blancos,

Décima Compañía. Me ha autorizado el Primarca. —Mientras lidiaba con el control de artillería, solicitaba reponer las municiones y revisaba los datos que pasaban por la pantalla del visor.

—*El espectograma y el signum coinciden. Códigos del transpondedor verificados. Concedido.*

El extremo más lejano de la plaza se convirtió en una pantalla de llamas y los cañones abrieron fuego a discreción por todo el muro. Rayos abrasadores cruzaron el lugar para transformar la piedra y el metal en gas recalentado en un abrir y cerrar de ojos. Los demonios que estaban más cerca perecieron; unas cuantas bóltres explotaron conforme caían las criaturas que quedaban junto a los Marines Espaciales.

—Compañía, alto el fuego. No agotéis la munición. —Nadie lo oyó. No podían. Volvió a dar la orden por escrito y los disparos cesaron.

La Plaza del Penitente ardía de tal forma que Messinius notaba el calor a través de la ceramita de la servoarmadura. El suelo se sacudía bajo sus pies, al punto de que el capitán se preguntó si el muro se vendría abajo. El ruido lo invadía todo y acababa con toda posibilidad de que se comunicaran entre ellos. Durante cinco minutos, la Puerta del León cobró vida y empezó a arrancarse pedazos de sí misma para deshacerse de los parásitos que la infestaban. Después, y tan repentinamente como había empezado, el bombardeo se detuvo.

De la Plaza del Penitente tan solo quedaba una masa de metal ennegrecido y piedra destrozada. Las defensas de la Puerta del León eran tan formidables que la estructura inferior estaba intacta, pero eran precisamente aquellos pequeños arranques de destrucción los que podían llevarlos a la derrota.

Messinius accedió a la noosfera de la puerta. Ningún demonio había rodeado hasta ahora el Desvío del Penitente para invadirlos en su nueva zona defensiva. Si volvían a atacar, y lo harían, sería de frente.

Un tren de municiones bajó por la pasarela del interior de la fortaleza y se detuvo con un chirrido a cincuenta metros. De él salieron miembros del Officio Medicae y un marine espacial apotecario. Varios peones humanos se apresuraron hacia ellos con bolsas llenas de cargadores para las bóltres y las distribuyeron entre los transhumanos, que tiraron los cartuchos vacíos al suelo y pusieron los nuevos en la recámara con un golpe seco. Messinius contactó con los líderes de su escuadrón e hizo recuento de los hombres que seguían con vida. No se fiaba

de las cifras que le indicaba el sistema con letras parpadeantes en la parte superior derecha del visor. bajas de la compañía: 23 %.

Detectó movimiento a través del humo que despedía el metal abrasado al otro lado de la plaza destrozada. El Auspex activó la armadura de su espíritu máquina y envió señales de alarma a su casco.

<AMENAZA DETECTADA>.

—Ya están aquí.

—¿*Mi señor?* —dijo una voz. Su tono suave no casaba con el ambiente. La ignoró.

—Cubrid un radio de cincuenta metros. No desperdiciéis ni un misil.

Los que habían venido en su auxilio vaciaron el tren de municiones a toda prisa y corrieron a cargar con los malheridos y socorrer a las unidades que lo necesitaran.

—Preparaos.

—¿*Mi señor?* —La voz insistía.

Las naves espaciales que estaban en órbita abrieron fuego. La energía que emanaba de la Disformidad y el vórtice en constante movimiento que coronaba el Palacio Imperial provocaban interferencias en el sistema de detección. Muchos tiros erraron y fueron a parar al Barbican Anterior y hasta al Magnifican.

Los monstruos escarlata se dirigían hacia ellos tan numerosos como antes, como si el intento de mermarlos hubiera sido completamente en vano.

—Fuego —ordenó Messinius, todo frialdad.

—Mi señor, su relevo empieza en media hora. Me dijo que lo despertara.

Esta vez sí que prestó atención. Las bóltres restallaron. Los congeló con un pensamiento y con otro apagó el hipnómata.

Vitrian Messinius se despertó aturdido.

—Mi señor —lo llamó su sirviente. Se llamaba Selwin—. ¿Ya ha vuelto de sus reminiscencias?

—Estoy despierto, Selwin, sí. —Sonaba irritado. Tenía la boca seca y quería estar solo.

—¿Puedo...? —Selwin señaló el hipnómata.

Messinius asintió y se frotó la cara. La tenía entumecida. Selwin pulsó unos cuantos botones del hipnómata y la máquina se desconectó. El

resplandor constante del interior de la estructura parpadeó y se extinguió, y arrastró con él los recuerdos de Messinius.

—¿Otra vez el muro? —preguntó Selwin.

El hipnómata se utilizaba principalmente para inocular conocimiento en el sujeto sin que este tuviera que poner de su parte para aprenderlo, pero a veces sacaba a flote sucesos que ya estaban más que enterrados. La inmersión completa exigía la cooperación del nodo catalesiano de Messinius, y salir de aquella especie de duermevela no era tan sencillo como despertar de un ciclo de sueño normal. Revivir el pasado le nublabla el juicio. Messinius se recordó que debía ser prudente; en ocasiones olvidaba que ya no estaba en Sabatine. El dicho local «Esto es Terra» implicaba un gran número de pecados, y el espionaje estaba entre ellos.

—Sí —contestó—. Autoanálisis. —Sacudió la cabeza y se quitó los cables que tenía conectados en los puertos neurales de los brazos y el cuello—. Nada nuevo.

Selwin asintió. Luego se aventuró a decir, dubitativo:

—Mi señor, si me permite la osadía... ¿Por qué insiste si no espera nada nuevo?

—Porque puedo estar equivocado —respondió el capitán. Señaló el hipnómata. La máquina, encajada en un carrito, era de un tamaño considerable, pero no tanto como para que un hombre corriente no pudiera moverla—. Llévate eso. Dile al armero que estoy con él en un momento.

Selwin le hizo una reverencia.

—Ya lo he hecho, mi señor.